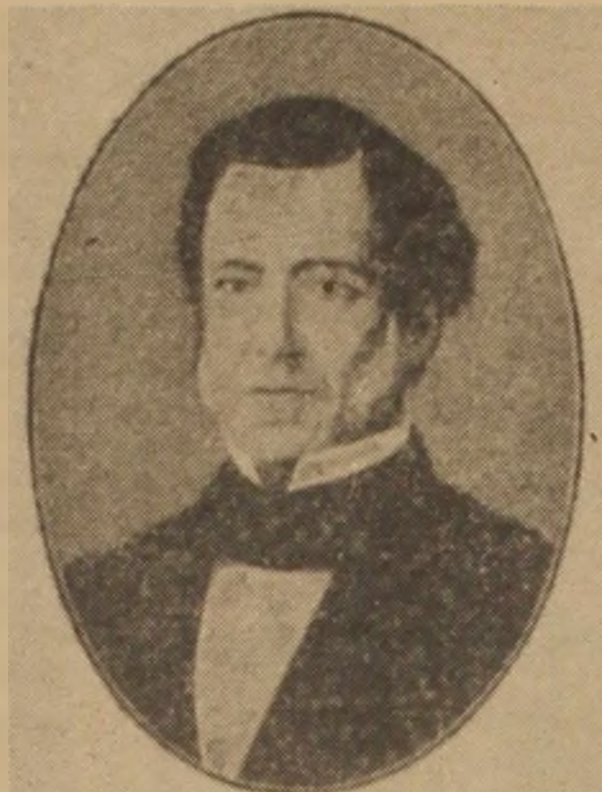


¿Civilización o barbarie?

En el número pasado en una errata invirtió exactamente el sentido de una frase en el acápite de esta sección. Se anunciaba que se comentarían los títulos no agotados de la Col. de Clásicos uruguayos, y se dijo lo contrario. Todos los libros comentados, pues, están a la venta, y de no encontrárselos en librerías puede obtenerse en el Instituto Nacional del Libro, Sarandí casi Plaza Independencia (ex local de Brocqua y Scholberg), en Montevideo.

El presente artículo presenta una vívida reseña de la discusión sobre el caudillismo entre dos grandes figuras políticas del siglo XIX uruguayo, que representa un momento importante de nuestra evolución ideológica. Aunque metamorfoseadas por el tiempo, las cuestiones allí debatidas permanecen; hacen al tema no dilucidado aún, en definitiva, de la relación entre intelectual y caudillo, respectivamente, con las grandes masas populares.



BERNARDO BERRO

POLEMICA SOBRE "EL CAUDILLISMO Y LA REVOLUCION AMERICANA".

Por Manuel Herrera y Obes y Bernardo Prudencio Berro. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos (Vol. 110).

El volumen 110 de la colección de Clásicos Uruguayos contiene la polémica que sobre "El Caudillismo y la Revolución Americana" mantuvieron Manuel Herrera y Obes y Bernardo Prudencio Berro entre el 20 de noviembre de 1847 y el 17 de marzo de 1848. En "El Conservador" escribía el primero, Ministro de Gobierno y de Relaciones exteriores de la Defensa. Desde las columnas de "El Defensor de la Independencia Americana" le replicó el segundo, Ministro de Gobierno, a su vez, del gobierno de Oribe en el Cerrito.

La controversia tiene un extraordinario interés para todo el que quiera profundizar en el conocimiento de ese período tan controvertido de nuestra Historia que es la Guerra Grande y aún en el de la gestación misma de nuestros partidos tradicionales. No sólo porque representa el testimonio de dos protagonistas directos del drama, —Herrera y Obes encerrado en las murallas de Montevideo, Berro presente en el campo sitiador—, sino de dos actores de primerísima fila en sus respectivos bandos, de encumbrada personalidad y poderoso intelecto ambos. Tanto es así que, como se sabe, Berro alcanzó la Presidencia de la República en 1860 y Herrera y Obes siguió figurando con brillo en el escenario nacional durante cuatro décadas, retornando a la cancillería en los gobiernos de Lorenzo Batlle, (1870), y de Máximo Santos, (1884).

Pero la polémica no se circunscribe al conflicto que, por propio, apasionaba y enfrentaba a los orientales de la época. La verdad es que lo enfoca, en función del planteo original de Herrera y Obes, a través del problema general del caudillismo y su influencia en la revolución americana. De allí el título del volumen y de allí también que resulte un documento histórico y sociológico referido a un contexto más vasto que el planteado por la presencia de Oribe frente a Montevideo a partir de febrero de 1843, aunque impregnado de la pasión y del subjetivismo político de sus autores.

La mejor manera de centrar el objeto del debate es remitirnos a la síntesis que hizo certeramente Berro, en su primera réplica, de las cuatro proposiciones principales de la tesis de su contradictor: "1a.) La América antes española se halla entregada a la acción de dos elementos contrarios, el de la civilización y el de la barbarie, que en ella combaten incesantemente y son causa de sus guerras civiles. El de la civilización es representado por las ciudades, y envuelve el principio de la revolución americana; el de la barbarie tiene su representación en los campos y produce la reacción colonial. 2a) La lucha en que está la República no es otra que la de esos elementos contrarios. Montevideo defiende el de la civilización; nosotros los de la causa legal, el de la barbarie. 3a) Rivera ha sido expulsado del país por efecto de un triunfo de la civilización, y por servir a ésta. 4a) Habiéndonos venido de la América todo lo malo y de la Europa todo lo bueno, a ésta hemos de ocurrir por el bien que aquella no nos puede dar".

Esta síntesis se complementa señalando que para Herrera y Obes el principio de la reacción colonial se personifica en los caudillos, que son un ingrediente típico y un producto natural de las campañas americanas y que, por consiguiente, lideran inevitablemente a todas las fuerzas aglutinadas en el elemento de la barbarie.

Esta identificación del caudillo con la barbarie resultaría coherente con el resto de la tesis si no mediara una circunstancia de coyuntura política a justificar, —Rivera ha sido desterrado por el gobierno que el polemista integra, el 3/X/1847—, que obliga a Herrera y Obes a recono-

cer en el vencedor de Cagancha al prototipo del caudillo, —con la única salvedad de no atribuirle instintos sanguinarios—, y a hacer de él, quizás, la crítica más veraz y demolidora que se conozca. "Rivera, —expresa—, como Presidente, o como General de Campaña, conmovió, relajaba y desestimaba el gobierno, sea en su parte administrativa sea en su parte política. Para sus necesidades de caudillo o para sus prodigalidades personales, las rentas públicas eran devoradas por él solo: y el gobierno de la Nación se constituía por su causa en su tesoro, y centro de desorden y relajación perpetuos". "El General Rivera, —agrega—, es el que, de público y notorio, ha mandado siempre en la campaña como amo absoluto, y jamás ha permitido que allí las propiedades tengan garantías de ninguna especie contra sus voluntades". Y por ahí prosigue.

Berro principia su refutación por la segunda de las proposiciones de su oponente, reduciendo la pretendida lucha entre la civilización. —Montevideo—, y la barbarie, —el Cerrito—, a los siguientes términos: Oribe, Presidente de la República, "ejercía la autoridad constitucional". "Rivera se alzó contra esa autoridad para usurparla. De nuestra parte está ese mismo Presidente legal con los que han seguido la causa de las leyes. De la de Montevideo una autoridad emanada inmediatamente de la rebelión, una autoridad hija y continuadora de la usurpación primitiva, con los que en dicha rebelión tuvieron parte". A ello agrega que miles de montevideanos abandonaron la ciudad al arribo de Oribe para incorporarse a su causa, lo que sería inexplicable si éste en verdad fuera un enemigo de la civilización ciudadana.

Pasa luego a demostrar que si la expatriación de Rivera es un triunfo de la civilización, vale decir si la medida responde a un choque de ideas y principios resulta incomprensible que los enemigos actuales del caudillo, —cuya caracterización por Herrera y Obes da por exacta—, lo hayan acompañado y secundado desde que usurpó el poder en 1838. Se ocupa más adelante de refutar el aserto de que sólo de Europa pueden venirnos beneficios, distinguiendo entre la comunicación social, de ideas y de personas, conveniente y necesaria, y "el roce político", el trato con gobiernos interesados y aún prepotentes, cuya práctica desprevenida sólo apareja perjuicios.

Y concluye Berro por la primera tesis, —la básica—, de su contradictor: la antinomia entre civilización y barbarie en tierra americana. Asevera que nuestra sociedad toda, la de los campos y la de las ciudades, es tributaria de la europea, tanto en raza como en lengua, en costumbres como en religión y cultura, de donde deduce que si hay barbarie en campaña ésta no puede sino ser heredada de la cuna de la civilización: Europa. Agrega, por último, que la inexistencia de la barbarie campesina se demuestra observando el progreso acelerado del sector rural —en nuestro país al menos—, y los hábitos cada vez más civilizados de sus habitantes. Este último punto parece el único débil de su larga réplica, pues pinta un cuadro de colores demasiado optimistas, resultando notoria la exageración.

La edición se completa con un prólogo harto esclarecedor del Prof. Juan E. Pivel Devoto, quien rastrea con precisión la raíz hispánica de la figura del caudillo, ubica los antecedentes inmediatos de la tesis de Herrera y Obes en las ideas anteriormente expuestas por Echeverría, Lamas, Mitre y Sarmiento, y sitúa adecuadamente algunos de los elementos del entorno histórico en que se movieron los protagonistas de esta polémica de muy alto valor formativo para los estudiosos de nuestra Historia.

EL CANTO NACIONAL Y EL CANTOR NACIONAL

Carlos Soares de Lima, joven estudioso dedicado a los problemas de la música nacional, traza aquí un panorama del canto criollo, vertiente fundamental entre las que componen la música popular uruguaya. A lo largo de tres números se irá completando este enfoque, que seguramente aportará reflexiones valiosas sobre el tema.

"Procuren si son cantores el cantar con sentimiento no tiemplan el estromento por solo el gusto de hablar y acostúmbrense a cantar en cosas de jundamento".

MARTÍN FIERRO

¿QUE ES EL CANTO NACIONAL? Es una de las formas de expresión de la cultura nacional. "Canto Nacional", sugiere originalidad, creatividad, autonomía. Pero a su vez el canto nacional forma parte de una expresión cultural más amplia, la del "canto criollo", que desborda nuestras fronteras políticas estatales, se extiende más allá de los límites para vincularnos a nuestros vecinos, allí donde existen comunidades culturales análogas o simplemente su complemento o continuación. El canto criollo pues "cabalga sobre la geografía" o en otras palabras: "el mapa cultural criollo" no coincide con el mapa político; en una auténtica expresión de "americanismo" se confunden en él nacionalidades, lenguas, razas...

La otra vertiente de nuestra cultura nacional forma parte de la cultura universal. Todos llevamos en mayor o menor medida la influencia de ambas corrientes, cuya resultante es lo que denominamos "factor nacional" esos ingredientes que hacen de un pueblo una nación.

Pero aquí nos interesa una forma de nuestra cultura y su medio de expresión: la cultura y el canto criollo que son los que nos dan dimensión propia y nos vinculan a nuestros vecinos geográficos. En términos culturales pues, podemos hablar de la existencia de un verdadero "país criollo" integrado por nuestro actual territorio y su entorno geográfico-cultural, coincidente —no por casualidad— con el escenario de actuación del Protectorado Artiguista o hasta donde éste pudo extender su influencia. Más atrás en el tiempo, otro nexo cultural poderoso asoma entre las ruinas de la civilización "jesuítico-guaraní", en aquellos legendarios treinta pueblos de las Misiones Paraguayas, Argentinas y Orientales.

No se trata de un fenómeno rural, agrario o telúrico; se trata por sobre todas las cosas de una formación cultural o mentalidad de "cosechar y sembrar", "sembrar y cosechar" desde y hacia adentro ya sea en su acepción rural o urbana, mentalidad que desde luego se contraponen a otra de "alimentarse" y "proyectarse" desde y hacia afuera.

Nos ocuparemos aquí de nuestro canto criollo, es decir del canto nacional que forma parte de una expresión cultural más amplia, la de ese país criollo que canta con fundamento, evocando un pasado que tiende a producir un presente, a palpar como conciencia viva, prendida como "abrojo" en la memoria del pueblo.

Este canto nacional en su destino "trasfoguero" siempre se enciende más cuando lo sopla el viento...; observa, siente, proyecta, acude a canciones de tipo "historicista", canta al caudillo, al paisano, a la divisa...; se detiene en el tiempo y en el espacio para des-cender hasta algún pago, o recoger un "sucedido" que inmortalizará para siempre un personaje, a quien sin conocer hemos conocido en otro pago y en otra identidad que llevó su misma suerte...; se canta a los oficios... crecientes son las posibilidades y recursos de su fundamento, creciente el contenido de su expresión cultural, creciente por tanto la variedad de interpretaciones para descifrar las claves que, "con arte de teru teru", encierra...

Tal vez contiene algo de aquella misteriosa despedida de Martín Fierro:

"Después a los cuatro rumbos los cuatro se dirijieron una promesa se hicieron que todos debían cumplir más no la puedo decir pues secreto prometieron..."